

Homilía de S.E. Cardenal José Tolentino de Mendonça
MIÉRCOLES DE LA II SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Santa Inés, virgen y mártir, memoria obligatoria

Basílica y casa natal de Santa Teresa de Jesús, Ávila, 21 de enero de 2025

En la primera lectura que en estos días venimos escuchando, se nos presentan algunos detalles de la vida de David, desde la unción hasta su reinado. Un personaje que se convertirá en un referente para los creyentes, cuya historia no siempre fue sencilla ni libre de dificultades. David es creyente joven de corazón apasionado, cuya búsqueda de Dios es sincera, por eso, cuando llegará el momento, también sabrá reconocer sus errores, sabrá pedir perdón y arrepentirse. La referencia al combate con Goliat de este día, quiere ayudarnos a comprender, en primer lugar, que quien vence es Dios. Él manifiesta su fuerza en la debilidad, y así lo expresará el propio David en el salmo que a él se atribuye y que juntos hemos cantado: «Bendito el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea; mi bienhechor, mi alcázar, baluarte donde me pongo a salvo» (Sal 143, 1-2).

En segundo lugar, con la narración de ese acontecimiento se confirma, una vez más, la verdad que asegura que, frente a los desafíos de la vida, nunca estamos solos, Dios está con nosotros, nos sostiene y pelea a nuestro lado. Una verdad que, a Santa Inés, la joven adolescente a quien hoy recordamos, le otorgó la fortaleza para enfrentar el martirio y exclamar ante su verdugo: «Injuria sería para mi Esposo que yo pretendiera agradar a otro. Me entregaré solo a aquél que primero me eligió». Una certeza que vuestra Santa Teresa experimentó y enseñó siempre, en su vida y en sus escritos. Pues ella experimentó a Dios no como alguien distante, sino como el Visitador de la intimidad que todo aclara. Sus escritos reflejan que Dios no nos deja solos en la lucha espiritual; Él está presente y nos sostiene, aunque a veces no se perciba así, o incluso se sienta lo contrario, como de hecho se descubre en sus cartas cuando habla del desierto espiritual y la perseverancia. En pocas palabras, Santa Teresa nos recuerda que Dios es nuestra fortaleza inmutable, que nos acompaña y nos da la victoria en la vida: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda [...] Quien a Dios tiene, nada le falta: Sólo Dios basta».

¡Esto nos anima! Y es, entonces, cuando comprendemos que vale la pena la lucha de cada día. Sin embargo, crecer y madurar en la fe y recorrer el camino de la vida junto a Jesús, implica, también, dejarnos cuestionar por su persona y sus enseñanzas. Por eso, en no pocas ocasiones –al igual que a los presentes en la sinagoga– el Señor nos interroga para animarnos a salir de nuestra “aridez” y llevarnos a comprender que Dios quiere librarnos del pecado y de los males que nos aquejan, y que muchas veces –como en el caso del hombre en la sinagoga– nos tienen paralizados y no nos permiten vivir en plenitud.

El pasaje evangélico es claro. Jesús insiste en que la ley está al servicio del hombre y no al revés. Y para demostrarlo cura al hombre de la mano paralizada. Lo hace así para testimoniar que, para ayudar a los demás, no debe haber ninguna ley que lo impida, y que cualquier interpretación de la ley que reprima la manifestación de la misericordia divina hacia el hombre, está fuera del propósito original de Dios.

«¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?». Jesús pone a prueba a los presentes, quiere sacudir la indiferencia de sus corazones y despertar la compasión. Sin embargo, ante el silencio de todos —dice el evangelio de Marcos— les dirigió «una mirada», «dolido por la dureza de sus corazones». Sencillamente, Jesús se indigna y se pone triste porque estas personas, encerradas en su interpretación, no son capaces de actuar. Se quedan cruzados de brazos. Son fríos, son insensibles, son de corazón duro. ¿Cómo puede querer eso Dios?

Por la manera de plantear la pregunta, el Señor les estaba forzando a escoger entre dos opciones: «hacer bien, o hacer mal», «salvar la vida o quitarla». Si ellos rehusaban hacer el bien, necesariamente estarían haciendo el mal. Si dejaban de salvar la vida, sería como quitarla.

Aprendemos, pues, que no sólo se puede pecar por hacer el mal, sino que también por dejar de hacer el bien. Por lo tanto, había dos cosas que Jesús quería enfatizar sobre el día de reposo: Los fariseos centraban su atención en todo aquello que no se podía hacer en ese día, mientras que el Señor pone la atención en lo que sí se debía hacer en él. Por otro lado, no sólo Dios no recibe lo que le corresponde, la gloria a su Nombre, sino que tampoco el prójimo. La observancia formalista del precepto les llevaba a estar plenamente satisfechos consigo mismos, despreocupándose por completo de los demás, llegando a tener una actitud totalmente carente de compasión y misericordia.

Por lo tanto, las representaciones de Dios deben, en última instancia, ser interpretadas y entendidas a la luz de su profundo e inescrutable amor por cada uno de nosotros. Por eso, en la Exhortación Apostólica *Dilexi te*, el Papa León nos recuerda: «Dios se compadece ante la pobreza y la debilidad de toda la humanidad y, queriendo inaugurar un Reino de justicia, fraternidad y solidaridad, se preocupa particularmente de aquellos que son discriminados y oprimidos, pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles» (DT n. 16).

La ley suprema de Cristo son las personas: «Amar a Dios y al prójimo, en esto se resumen toda la ley y los profetas». Ojalá que nunca perdamos la sensibilidad para hacer el bien a los demás, y que cada día renovemos nuestro compromiso concreto de amor.

¡Que así sea!